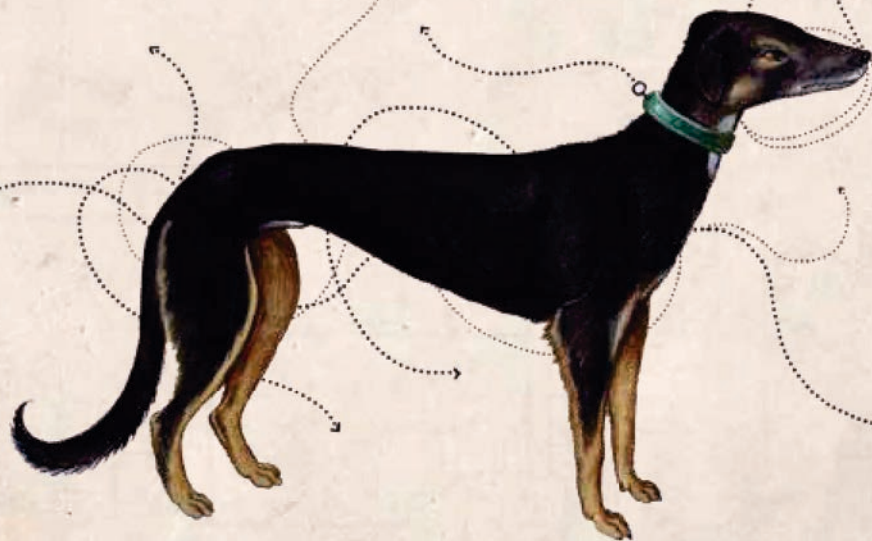


¿HAY SEÑALES EN LA VIDA?



De niña mis padres y yo solíamos pasar las vacaciones de navidad en un pequeño pueblo del sur de los Estados Unidos. Los viajes, de tres o cuatro días, dependiendo del humor y el presupuesto familiar, los hacíamos siempre por carretera. La frontera la cruzábamos mucho después de haber caído la tarde. Tan pronto los reflectores que despedían aquella luz de interrogatorio y los ladridos de los dóberman, cuyos colmillos babosos mordisqueaban a veces mis sueños, tan pronto esa pesadilla de pasaportes y estampas -el clic cuasimágico de los sellos que autorizaban nuestra entrada- quedaba atrás, el paisaje se tornaba oscuro y abismal por uno o dos kilómetros, como si desapareciera el mundo por unos instantes antes de que las primeras marquesinas, con sus pintorescos foquitos blancos y rojos bailando en el espacio como diamantes enloquecidos, aparecieran y colmaran la noche y las expectativas del extenuante viaje.

Entonces, cuando niña, al mirar el baile de esas luces por la ventana trasera de nuestro Caribe 87, teorizaba sobre la existencia de una comunicación secreta y conjunta. Por medio de un artilugio, pensaba yo, proyectando mi aliento en el cristal sucio por el viaje, cada uno de aquellos focos que conformaban el perímetro luminoso de los anuncios de supermercados abiertos las veinticuatro horas, estaciones de radio con música en español, propagandas bancarias, coordinaban para hacer nacer un patrón determinado y específico, una coreografía que podía desarrollarse de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de arriba abajo o de abajo arriba, según el capricho de algún publicista anónimo a quien, en ese entonces, no me estaba dado imaginar.